

# LA DEFORMA PROTESTANTE

**James Kurth**

**Traducción: Alberto Mansueti**

<http://www.the-american-interest.com/articles/2005/12/01/the-protestant-deformation/>

*El politólogo James Kurth es profesor Claude C. Smith de Ciencias Políticas en Univ. de Swarthmore, donde imparte Política Exterior, Defensa Nacional, y Política Internacional. Es Editor de la revista Orbis, un Journal sobre relaciones internacionales y política exterior de EE.UU., publicado por el Foreign Policy Research Institute (FPRI) en Philadelphia, Pennsylvania. Es cristiano reformado, de orientación calvinista, y líder de la Iglesia Presbiteriana.*

*Este ensayo, The Protestant Deformation and U.S. Foreign Policy (“La deforma del protestantismo y la política exterior de EEUU”) se publicó en The American Interest, el 1 de Diciembre de 2005.*

***“La política exterior de EE.UU. es y siempre ha sido moldeada por la cosmovisión protestante que prevalece en la sociedad; la cuestión es que esa cosmovisión ya no es la misma de antes.”***

Hace casi ocho años escribí "La deformación protestante", ensayo publicado en Orbis primavera de 1998, sobre una cierta herejía protestante, en forma secularizada, con considerable poder de explicación para entender la política exterior de EE.UU.

Pero eso fue cuando George W. Bush no estaba ni cerca de ser Presidente. El presente ensayo actualiza y amplía mi anterior argumento, mostrando que la religión juega y siempre ha jugado un papel importante en la política exterior de EE.UU., y desde el 11 de septiembre de 2001, pero no en la forma en que muchos observadores han sostenido. No es a los altos funcionarios evangélicos “nacidos de nuevo” que hay que mirar, sino más bien a la deformación protestante, que estaba operando mucho antes del 9/11.

## **Los caminos de la fe**

La Administración Bush, parece a muchos, ha impuesto un gran cambio en la conducta tradicional de política exterior. Sus principales iniciativas, como la "Doctrina Bush" de diplomacia unilateral y acción militar preventiva, la “Estrategia de Seguridad Nacional” (Septiembre de 2002), la invasión a Irak (Marzo de 2003), y sobre todo el gran proyecto de llevar democracia y libertad al Medio Oriente, han

generado gran resentimiento hacia EE.UU. en otros países. Esto, a su vez, ha llevado en la nación a una búsqueda de las causas de este cambio, intensificada al paso de agravarse los problemas en Irak.

¿Qué puede explicar este cambio radical en la política exterior? Y más al punto, ¿qué o quién es el culpable de la debacle en Irak?

Varios candidatos hay nominados: los neoconservadores, representados por el ex Subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz, y varios subalternos inmediatos suyos; los "intereses petroleros", representada por el VP Dick Cheney; y los ultranacionalistas, representados por todos los anteriores, pero sobre todo por el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld.

Pero, hablamos de la Administración Bush, y el lugar más obvio para empezar la explicación es el propio Presidente. Aquí la atención se ha centrado en lo que muchos creen su rasgo más distintivo y peculiar: su fuerte fe religiosa y convicciones protestantes. Bush ha hablado a menudo de la libertad como don de Dios para EE.UU. y la humanidad, y de EE.UU. como llamado a llevar esa libertad a todos los pueblos. Y además de eso, su más fuerte apoyo electoral ha venido de los protestantes evangélicos, que la prensa progre llama "la derecha religiosa", aunque con esa misma lógica los medios progres deberían llamarse la "izquierda secularista".

Como suele suceder, el protestantismo ha tenido sin duda un gran impacto en la actual política exterior de EE.UU., pero no principalmente por el protestantismo evangélico, sino por la "deforma protestante", como ya lo fue antes, en el Gobierno de Clinton. Es en base a esta peculiar pseudo-religión que ambos presidentes Clinton y Bush han delineado su política exterior, guiada con el fin y propósito de difundir en el todo el mundo las ideas estadounidenses de democracia liberal, libre mercado, libertad individual y derechos humanos.

Por décadas los analistas han debatido la influencia relativa de los diferentes factores en la formulación de la política exterior de EE.UU. Como principal explicación de las peculiaridades de la conducción de los asuntos exteriores, han postulado la influencia, en distintas formas, de los "intereses nacionales", de la política doméstica, de los intereses económicos, y de la ideología progre ("liberal"). Muchos estudiosos han subrayado respectivamente la importancia del realismo, del idealismo, del capitalismo y del ideario progresista, pero hasta hace poco casi nadie ha pensado que el protestantismo, la religión predominante en EE.UU., era digno de considerar. En el siglo XX, parecía muy claro que uno podía (y debía) escribir la

historia de la política exterior de este país, sin hacer siquiera referencia al protestantismo.

Eso fue y sigue siendo un error. La política exterior ha sido y continúa siendo moldeada por los orígenes protestantes de nuestra nación, pero eso sí: con un giro significativo. Digo que el “protestantismo” que ha moldeado la política exterior por más de dos siglos, no ha sido siempre el de la religión original, sino una serie de sucesivos declives, de algo que al final de una escala descendente podría llamarse la “declinación protestante”.

Ahora estamos en el punto final de esta declinación, y el protestantismo que actualmente da forma a la política exterior es una herejía, muy distinta de la religión original: no es la Reforma Protestante, es la Deforma Protestante. Repasemos cómo ha ocurrido.

### **La jerarquía y el colectivo**

¿Qué fue la Reforma Protestante en sus orígenes? Una “protesta” contra la “forma” que la religión cristiana había tomado en el catolicismo romano a fines de la Edad Media y el Renacimiento. La “reforma” fue un esfuerzo para volver a la religión cristiana a la fe original expresada en el “Nuevo Pacto”, o sea del Nuevo Testamento, en la Biblia. Los reformadores se opusieron en muchos puntos a la Iglesia Católica Romana, incluso los más conocidos: la autoridad del Papa, el papel de la Virgen María, y el significado de la práctica de las “indulgencias”.

Pero las cuestiones fundamentales, realmente centrales, eran relativas al modo como el cristiano alcanzaba la salvación, y el papel de la jerarquía sacerdotal y el colectivo parroquial en el asunto. La Iglesia Católica Romana enseña que el creyente alcanza la salvación a través de la mediación de la jerarquía sacerdotal, y de la participación en los sacramentos y rituales del colectivo parroquial. En combinación, jerarquía y colectivo, hacen el camino más seguro hacia la salvación.

Los reformadores protestantes en cambio, se rebelaron contra esta idea de que el creyente obtiene la salvación mediante la jerarquía o el colectivo, o las dos combinadas. Muchos aceptaron la jerarquía y el colectivo, pero para otros fines, como el Gobierno de la iglesia, o otros emprendimientos comunitarios, pero las rechazaron como un medio para alcanzar la salvación. A contrario, afirmaron que el creyente recibe su salvación a través de un acto de Dios y por gracia por Dios. En quien la recibe, esta gracia produce la fe en Dios y la salvación por gracia, y es esta fe la que le convierte en un creyente.

El creyente no obstante puede lograr mayor conocimiento de Dios a través de su lectura de las Sagradas Escrituras, y los maestros de la Reforma pusieron gran énfasis en la Palabra de Dios. Pero asimismo, en que la correcta interpretación de la Biblia no requiere necesariamente la intercesión de una jerarquía ni un colectivo, que de hecho pueden ser impedimentos para su recto entendimiento.

Todas las religiones son únicas, pero el protestantismo es la más singular de todas. Porque no hay otra religión importante que sea tan crítica de la jerarquía, del colectivo, y de las tradiciones y costumbres que van juntamente con ellas. De hecho, la mayoría de las otras religiones precisamente se basan en la jerarquía y el colectivo: la religión católica, y asimismo la ortodoxia oriental, el islam, el hinduismo, el confucianismo, e incluso hasta cierto punto el budismo. Pero en su base doctrinal misma el protestantismo es en esencia un rechazo a la religión católica en esos dos puntos: es anti-jerarquía y anti-colectivo.

Los primeros reformadores buscaron que el creyente cristiano pudiese tener una relación directa con Dios, más exacta y sutilmente por medio de la segunda persona de la Santísima Trinidad, Jesucristo; y asimismo para que pudiese entender que también recibe su salvación directamente de Dios, por medio de la tercera persona, el Espíritu Santo.

La eliminación de la jerarquía y el colectivo, y de todas las tradiciones y costumbres asociadas a los intermediarios terrenales entre el individuo y Dios, implicó también, al menos para los propósitos más importantes, la erradicación de todos los rasgos locales, parroquiales, culturales, étnicos o nacionales del creyente. En principio todos y cualquiera persona en el mundo puede recibir la gracia, la fe, y por tanto la salvación; así ellas son verdaderamente universales, “católicas” en el sentido original del término. Así, los reformadores vieron la gran variedad de culturas y naciones bajo una perspectiva de hecho muchísimo más universal que la de la Iglesia Católica Romana.

En los tres siglos después de la Reforma, el rechazo protestante de la jerarquía y de colectivo se extendió desde la salvación a otros ámbitos de la vida. Algunas iglesias protestantes llegaron incluso a rechazar la jerarquía y lo colectivo en el Gobierno de la iglesia y otros entes comunitarios; en especial en EE.UU., donde la conjunción de una amplia y abierta frontera, y la ausencia de las Iglesias estatales, permitió el florecimiento de nuevas denominaciones, no estructuradas y sin constricciones.

A comienzos del s. XIX, ese rechazo también se extendió a ciertos ámbitos importantes de la vida temporal o secular. De nuevo, en especial en EE.UU. En lo económico, la jerarquía es el monopolio u oligopolio, y el colectivo es el gremio,

con sus restricciones al libre comercio; por eso su erradicación trajo el libre mercado. En lo político, la jerarquía es la monarquía y la aristocracia, y el colectivo son sus tradiciones y costumbres; por eso su eliminación trajo la democracia liberal.

Sin embargo, el mercado libre no podía ser tan libre, ni la democracia liberal tan liberal, que llegaran al punto de la anarquía. La vida económica y política ya no podía ser ordenada mediante la jerarquía y lo colectivo, ni por la tradición y la costumbre, pero entonces tuvo que ser ordenado por algo; y es algo en sintonía con el énfasis protestante en las palabras escritas: los convenios suscritos entre las personas individuales. ¿Cuáles? En lo económico, el contrato escrito; y en lo político, la constitución escrita.

La Reforma daba así nacimiento a lo que a principios del s. XX se hizo “el Credo americano”. Los artículos fundamentales de ese credo secular eran la democracia liberal, el mercado libre, el constitucionalismo y el imperio de la ley; y en el s. XIX ya estaban todos en pleno funcionamiento.

Pero este contagio del rechazo protestante a la jerarquía y al colectivo desde la salvación a los ámbitos de la economía y la política, se impulsó al compás de una cierta dinámica interna, más bien a la baja, en la propia fe protestante. Por eso hoy, a casi medio milenio del comienzo de la Reforma en 1517, podemos discernir seis etapas de lo que puede llamarse el declive o “la deforma protestante”.

### **El declive protestante**

# Fase 1: Salvación por gracia. En el protestantismo original, y como los reformadores vieron, en el cristianismo original, la experiencia a nivel personal es la de una amorosa y salvadora relación directa entre el creyente y Dios. Esta salvación y esta relación directa son provocadas por Dios, y por su gracia soberana, no por la persona ni sus propias obras. Es la experiencia de "nacer de nuevo", a una nueva vida.

Obviamente, se dejan de lado los intermediarios, las tradiciones o costumbres que podrían interponerse en esta relación directa. El protestante original es un cristiano nacido de nuevo, que experimenta su nueva vida como una “tabula rasa”, lo cual le permite liberar energías antes restringidas, y centrarse en nuevas empresas con gran intensidad. Esto explica en parte las enormes energías y la eficacia de muchas personas recién convertidas. Cuando su número se multiplica enormemente, como en la Era de la Reforma, también explica en parte la energía y la eficacia en algunas naciones recién convertidas al protestantismo, caso de los Países Bajos, Inglaterra y Suecia en los ss. XVI y XVII.

# Fase 2: La gracia se evidencia en el trabajo. Pero surge enseguida un problema serio; y de hecho surgió en la segunda generación: los hijos de aquellos cristianos protestantes renacidos, ya nacen dentro de una familia y de una Iglesia protestante, pero ellos mismos no siempre experimentan personalmente el nuevo nacimiento, la relación directa con Dios, y la salvación que trae la gracia. En su famosa discusión “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, el sociólogo alemán Max Weber expone que esto puede causar, en la segunda generación de protestantes, una gran ansiedad sobre su estado espiritual.

En algunas Iglesias protestantes, en especial Anglicanas y Luteranas en Europa, y también Episcopales y Luteranas en EE.UU., había una solución a mano: estas iglesias se habían mantenido jerárquicas, pues el Rey o el príncipe había sustituido al Papa; e incluso se habían mantenido también algo comunitarias.

Tal vez no era teológicamente claro, pero era psicológicamente tranquilizador, que la participación en los rituales y las obras de la iglesia tuviesen alguna parte en el camino a la salvación. En estas iglesias, por lo tanto, en la práctica el foco en la gracia se desplazó gradualmente al foco en las obras, como había sido en la Iglesia Católica Romana antes de la Reforma.

El mismo dilema de los cristianos "nacidos" protestantes pero no “re-nacidos” estaba en otras iglesias protestantes, especialmente las reformadas: las iglesias calvinistas en Europa, y las presbiterianas y congregacionales en América. Pero la solución tenía que ser diferente, porque su teología Reformada más estricta no permitía fácilmente disminuir el énfasis en la necesidad de la gracia; y porque la relativa falta de rasgos jerárquicos y colectivos, se acompañaba de una estructura menos desarrollada en el ejercicio de rituales y obras. Entonces, en la segunda generación, y sin la experiencia personal de la gracia, ¿qué evidencias había de que los protestantes habían recibido su “nuevo nacimiento”?

Como Max Weber expuso, la evidencia de la gracia se buscó en una particular y peculiar especie de obras: ya no eran las obras en la iglesia, sino el trabajo secular en el mundo, y desempeñado con éxito. Así fue como la ética protestante se convirtió en el espíritu capitalista.

Las iglesias protestantes habían quitado legitimidad a la jerarquía, el colectivo, la tradición y la costumbre, por eso el trabajo mundano podría ser ejercido a plenitud, sin restricciones impuestas por estos obstáculos. Así es que la segunda generación y más tarde las siguientes de cristianos reformados tomarían la vida y el trabajo mundano como “tabula rasa”. Podrían también ellas experimentar una liberación de energías antes restringidas, y centrarse en nuevas empresas con gran intensidad.

De hecho, esta versión del protestantismo se enfocó tanto en su trabajo mundano, que este se hizo metódico y sistemático en formas antes nunca vistas. Esta experiencia también explica en parte la enorme energía y la eficacia de muchos cristianos reformados de segunda generación y posteriores. Y otra vez, al crecer el número de estas personas, ello también explica en parte la gran energía y la eficacia de ciertas naciones, no sólo en la segunda generación protestante, sino en varias después, caso de los Países Bajos y Suecia, hasta el s. XVIII, Inglaterra, Escocia y EE.UU. hasta fines del s. XIX.

# Fase 3: Salvación por obras. Tras varias generaciones de estos cristianos reformados, se desarrolló en sus países una cierta cultura protestante, incluso con sus propias tradiciones y costumbres. Y creció el número de gente que experimentaba la cultura, pero no la gracia. Incluso en Iglesias tan reformadas como las calvinistas, presbiterianas y congregacionales, la idea misma de la gracia como necesaria empezó a desvanecerse; y el éxito en trabajo del mundo ya no fue visto como un signo de gracia, sino como un bien en sí mismo. El trabajo secular funcionó como una nueva versión de las “buenas obras”.

# Fase 4: La transformación unitaria. En tanto el enfoque en la gracia desapareció, también el énfasis en las personas trinitarias agentes de la gracia: Jesucristo y el Espíritu Santo. Y fue por este camino que el protestantismo reformado, con su doctrina trinitaria tan articulada, se convirtió en el unitarismo, con su idea abstracta de un Ser Supremo y su Divina Providencia. El Unitarismo fue toda una denominación, por supuesto, con sus propias iglesias, y también su teología y filosofía, ampliamente difundidas. Esta fase de la declinación, ya a fines del s. XVIII, había alcanzado a una parte de la elite política, incluyendo algunos de los Padres de la Patria. Los documentos públicos de entonces a menudo aluden al Ser Supremo o la Divina Providencia, pero rara vez a Jesucristo o el Espíritu Santo.

# Fase 5: Credo americano. Después también desapareció por completo aquel Dios abstracto y remoto, Ser Supremo o Divina Providencia. Los diversos credos protestantes fueron reemplazados por el Credo americano, que alcanzó su máximo articulación en la primera mitad del s. XX. Sus “artículos de fe” han sido los mercados libres y la igualdad de oportunidades, las elecciones libres y la democracia liberal, el constitucionalismo y el Imperio de la ley.

El Credo americano definitivamente no incluyó como elementos la jerarquía ni el colectivo, la tradición o la costumbre, porque no era en sí misma protestante, pero era claramente producto de una cierta cultura protestante: una especie de versión

secularizada de aquel protestantismo “unitario”, que ya venía rebajado desde el cuarto declive.

# Fase 6: Derechos Humanos universales. La sexta y última etapa se alcanzó en la década de los ‘70, fundamentalmente en las dos últimas generaciones. Ahora el Credo americano fue reemplazado por la concepción universal de los Derechos Humanos. Más precisamente: los artículos del Credo americano fueron generalizados como bienes universales.

Y después, ya en la década de los ‘90, vino el colapso de la U.R.S.S. y de la ideología comunista, y vino el estancamiento de la "economía social de mercado" en Alemania y del "capitalismo organizado" en Japón; parecían por tanto desacreditadas todas las alternativas conocidas a las concepciones económicas y políticas de EE.UU. Por eso, EEUU había llevado al mundo al "fin de la historia", como dijo Fukuyama.

### **Pluralismo protestante y Credo americano**

Para entender la política exterior de hoy en EE.UU. es importante el paso de la cuarta fase (unitarismo) a la quinta (Credo americano) y sexta (DD.HH. universales). Así que revisaremos el proceso con más detalle.

Desde su nacimiento hasta fines del s. XVIII, EE.UU. estaba poblada por una gran variedad de elementos protestantes que se hallaban en las diferentes cuatro primeras fases de la decadencia. De ninguna de las iglesias (o etapas) puede decirse que representaran a la mayoría de la población, incluso de la población políticamente habilitada: blanca y masculina.

Esta condición de pluralismo implicaba que sobre temas de religión y afines, aquellos pronunciamientos públicos que complacían a los ciudadanos de una iglesia o de una fase, podían disgustar u ofender a los de otra. Lo cual llevó a los funcionarios públicos a una retórica religiosa de “mínimo común denominador” y menos ofensivo, o sea el más bajo en la escala de la decadencia: el unitarismo. No todos creían lo mismo acerca de cada una de las tres personas de la Santísima Trinidad, pero todos creían que Dios era un Ser Supremo, y que la Providencia era divina. La adopción de esta retórica unitaria se vio facilitada porque de hecho era lo que creía buena parte de la élite política.

A principios del s. XIX, hubo periódicos “avivamientos” religiosos, a menudo llamados “Gran Despertar”, entre sectores de la población que se devolvían a fases superiores. El renacimiento religioso en la pasada generación ha hecho más o menos igual. Pero esto no cambió la retórica religiosa de los pronunciamientos públicos: la



lógica del pluralismo fue reforzada por un número considerable de católico-romanos y judíos que llegaron a EE.UU. en la década de 1840 y después; así que se continuó impulsando más todavía a los funcionarios hacia la retórica del común mínimo y menos ofensivo. Esta tendencia generó un vocabulario público lleno de conceptos congruentes y agradables para los protestantes, pero casi sin referencia a algún tipo de religión real.

En lo económico, el concepto central aceptado por todos era el libre mercado; y en lo político, la democracia liberal. A comienzos del s. XIX, la mayoría de la gente creía que la única forma legítima de economía era el mercado libre ordenado por los contratos escritos, y de política, la democracia liberal, ordenada por una constitución escrita. Esta mentalidad, realmente una ideología, es la que muy bien y de manera brillante describe ese joven francés Alexis de Tocqueville, que era a la vez un aristócrata y un liberal, en “La democracia en América” de 1834.

El pleno desarrollo de estas ideas condujo a la quinta fase de la declinación protestante, el Credo americano, como señalamos. En el s. XIX EE.UU. tenía pocas oportunidades de impulsar esta ideología en su política exterior; pero a principios del s. XX, el país se despertó de repente siendo una gran potencia, y con hartas oportunidades para hacerlo. Y para algunos, obviamente el Presidente Woodrow Wilson, pero también la mayoría de los presidentes desde FDR hasta George W. Bush, cada vez más la oportunidad fue redefinida como necesidad, ya que el poder norteamericano permitía hacer del mundo aquello que debería ser, en lugar de aquello que simplemente podría ser.

Woodrow Wilson era presbiteriano, de hecho era hijo de un clérigo de esa denominación. Pero en sus declaraciones de política pública tiene más en común con el unitarismo que con el presbiterianismo. Parece que en lo personal creía estar haciendo la voluntad de Dios, pero sin pensar mucho en Jesucristo o en el Espíritu Santo. No sorprende en quien era Presidente de una vasta nación caracterizada por una amplia gama de diversidad religiosa, y en ese tiempo incluso ya por una dosis importante de secularización.

En su identidad política Wilson era un “progresista”; su programa político fue conocido como “la Nueva Libertad”. Esto era congruente con su identidad religiosa como presbiteriano pero su realidad religiosa como unitario. Wilson cree profundamente en los mercados libres ordenados por contratos escritos, y en la democracia liberal ordenado por una constitución escrita. También creía que la voluntad de Dios para él como Presidente era avanzar estos ideales, tanto en casa como en el exterior, con el propósito de “hacer al mundo seguro para la

democracia". Y Wilson no tenía casi ninguna sensibilidad o simpatía hacia las concepciones no protestantes de la jerarquía, lo colectivo, la tradición y la costumbre.

Sus concepciones políticas y económicas se expresaron en su política exterior de muchas formas. Sobre todo en su idea de que los problemas de los países Latinoamericanos podrían resolverse con elecciones formales, constituciones escritas, y cumplimiento de los contratos; en su enfoque a favor de la libertad de los mares, el derecho internacional y la ideología democrática en la I GM; en su oposición implacable a la monarquía Habsburgo (encarnación misma de la jerarquía, lo colectivo, la tradición y la costumbre, y la única gran potencia católica), en nombre de la idea de autodeterminación, concepto individualista e incluso protestante, impropriamente aplicado a naciones y culturas católicas; y en su insistencia en la "seguridad colectiva", esa abstracción, tal y como está escrito en el Pacto de la Sociedad de Naciones, como solución al eterno problema de los conflictos internacionales.

Cada una de estas nociones parecía corriente y normal a Wilson y a millones de sus compatriotas; y de hecho, en sus versiones actualizadas, a millones de ellos hoy en día les siguen pareciendo. Pero no es así: sólo parecen cosas obvias y evidentes a un pueblo crecido en una cultura moldeada en sus orígenes por el protestantismo; no por alguna otra religión. Es difícil imaginar un estadista p. ej. ortodoxo oriental, hindú, o musulmán, o confuciano, budista o católico romano, avenirse con estas nociones tan consistentemente como Wilson, y después sus compatriotas. Incluso es difícil imaginar un estadista de convicciones laicas, pero criado en una cultura moldeada por alguna de otras religiones no protestantes, sostener toda esta ideología wilsoniana. Las mentalidades de figuras muy democráticas como Jawaharlal Nehru, Sun Yat-Sen y Konrad Adenauer, eran bastante diferentes.

### **La política exterior del Credo americano**

El último y más grande de los proyectos de Wilson, la Liga de las Naciones, fue por supuesto un gran fracaso, rechazado en 1920 por el Senado de EE.UU. y por millones de estadounidenses. Pero en su mayor parte, las ideas wilsonianas de tipo protestante, se hicieron permanentes en nuestra política exterior.

Es un cliché de la historia de la diplomacia decir que EE.UU. "se retiró al aislacionismo", tras la I GM. No fue así: esta "retirada" sólo aplicó en Europa, y sólo en lo que respecta a la seguridad y asuntos militares.

En otras regiones del mundo, en particular América Latina y el Este de Asia, EE.UU. siguió e incluso amplió su presencia en los años '20, bajo gobiernos republicanos, igual que cuando Wilson.

Luego de eso, bajo el impacto de la Gran Depresión, la Administración FDR adoptó nuevos enfoques: para América Latina, la política del Buen Vecino y el fin de las intervenciones militares; y para Asia oriental, un nuevo curso en la política de “puertas abiertas”, y hacia China.

Pero en todo el período de entreguerras, la política exterior de EE.UU. en estas dos regiones en desarrollo fue dominado por la promoción de los artículos centrales del Credo americano, ya plenamente articulado: libre mercado con igualdad de oportunidades, las elecciones libres y la democracia liberal, el constitucionalismo e Imperio de la ley.

Una razón central por los EE.UU. se retiró de los asuntos de seguridad en Europa después de 1920, fue la percepción de que las naciones europeas eran económicamente desarrolladas, y eran militarmente fuertes y políticamente independientes, y por eso no podían ser convertidas al Credo americano. Y que en cambio los países de América Latina y Asia oriental, eran lo opuesto: subdesarrollados en lo económico, débiles en lo militar salvo Japón, y dependientes en lo político; por tanto sería diferente con estos países, los que por su debilidad, serían más receptivos, se pensó, y por ello parecía plausible que podrían ser convertidos a los estilos americanos.

Pero la realidad es que esto sólo hubiese sido posible cambiando o suprimiendo los rasgos culturales y sociales de todos estos países. “¡Ah pero no sería difícil!”, se pensó, ya que estos rasgos fueron plasmados por religiones que para una mente protestante, lucían obviamente como retrógradas e irracionales, sea el catolicismo romano, sea el confucianismo. Con un poco de esfuerzo de persuasión por parte de EE.UU., se dijo, esto sería también evidente para los latinoamericanos y los asiáticos, y adoptarían alguna versión del Credo americano.

Así se hizo un patrón típico en la política exterior de EE.UU. en tiempos de paz: si un país era fuerte en relación con EE.UU., sobre todo si era una “gran potencia”, la política exterior tendía a la prudencia y a la distancia, por "realismo" o por "aislamiento"; y EE.UU. actuaba con ese país de igual manera que lo hacían las otras grandes potencias. Pero si un país era débil en relación con EE.UU., entonces la política exterior tendía al "idealismo" protestante muy secularizado, para tratar de “convertirle” al libre mercado y a la democracia liberal; o sea: que EE.UU. trataría de rehacerle según el Credo americano.

Un problema se plantearía, sin embargo, si buscando “convertir” un país o una región débil, EE.UU. se metía en un conflicto con alguna gran potencia. En este caso el idealismo iba a chocar con el realismo y la prudencia. Y esto es lo que pasó entre 1931 y 1941, cuando la política con China entró en conflicto con el expansionismo japonés; y el resultado de este choque fue la entrada de EE.UU. en la II GM.

En el curso de esa guerra, FDR desplegó muchas de las nociones que Wilson había promovido en la I GM. Formalmente, la identidad religiosa de Wilson había sido presbiteriana, y la de FDR era episcopal; y de hecho la política exterior de FDR fue bastante más realista y pragmática que la de Wilson. Pero en sus creencias religiosas reales, ambos parecen haber sido más o menos unitarios, y las políticas que ambos perseguían cuando la guerra eran las del Credo americano, libre comercio y democracia liberal. Y por supuesto, Roosevelt resucitó la Liga de Naciones de Wilson bajo la forma de las Naciones Unidas.

Después de la II GM, se acentuó y afinó este patrón de la política exterior, "realismo" con los fuertes e "idealismo" con los débiles. A las naciones débiles, como eran en la Posguerra las europeas y el Japón, EE.UU. trató de rehacerlas conforme al Credo americano. Pero con las grandes potencias, como en la Guerra Fría fueron primero la U.R.S.S. y más tarde también China, la política exterior fue diferente.

Hubo un período de conflicto con estas dos potencias comunistas, acerca de la condición de sus vecinos más débiles, que eran respectivamente los países de la Europa Central y Oriental respecto de la U.R.S.S.; y países como Corea, Taiwán y los otros del sudeste asiático respecto de China. Tras lo cual se estableció una cierta división en esferas de influencia para las regiones en disputa, y la política de EE.UU. tendió hacia el realismo, ya sea con prudencia, hacia la U.R.S.S., o con distancia, hacia China hasta 1972.

### **Los Derechos Humanos universales**

En los años '70, las élites políticas e intelectuales comenzaron a promover la noción de los Derechos Humanos universales como objetivo fundamental de la política exterior, tomando los artículos centrales del Credo americano, y llevándoles a una conclusión lógica de tipo universal.

Una conjunción de factores hizo que las elites abrazaran esa causa en ese momento. Primero, esas élites habían condenado la intervención de EE.UU. en Vietnam; tenían que hacer una nueva doctrina de política exterior para sustituir la “contención”, muy desacreditada entre ellos. Segundo, el aumento del comercio y la inversión de

EE.UU. en países recientemente industrializados más allá de Europa y Japón, les hizo ver a estas elites la necesidad de una nueva doctrina de política exterior para toda una amplia gama de países y culturas muy diferentes, y a menudo muy difíciles. Pero lo más importante, sin embargo, fueron ciertos cambios en la propia sociedad de EE.UU.

EE.UU. pasaba de una economía industrial a una post-industrial, y por ende de una mentalidad productora a una consumista. Y también de una sociedad moderna a una "posmoderna", y por tanto de una ideología de "individualismo posesivo" a una de "individualismo expresivo". Este nuevo país post-industrial, de consumo, posmoderno, y de individualismo expresivo, plasmó en la llamada "generación Yo", la de los baby boomers. Para los boomers, los "derechos", no las responsabilidades, de los "individuos", no de la comunidad, fueron los más prioritarios, de hecho, los únicos válidos.

En la nueva ideología, los derechos humanos son vistos como derechos de los individuos; e independientes de toda jerarquía o colectivo, de tradiciones o de costumbres en los que las gentes pudieran ser situadas o enmarcadas. Significa que los derechos humanos aplican a toda persona en toda parte del mundo, porque son universales, ya no meramente comunales o nacionales. Derechos humanos individuales y derechos universales son una sola y la misma cosa.

Esta ideología del individualismo alcanza a todos los aspectos de la sociedad; es una filosofía total. En apariencia es todo lo contrario al totalitarismo del Estado, pero las apariencias engañan. En esencia este es una especie de totalitarismo del Yo. Ambos totalitarismos, del Estado y del Yo, son implacables en aplastar y deshacer las instituciones mediadoras que se interponen entre los supremos poderes y las más amplias fuerzas individuales. Con el totalitarismo del Estado, los poderes supremos son las autoridades en el poder; con el totalitarismo del Yo, las fuerzas más amplias son las agencias de la economía global.

El individualismo, con su desprecio por las jerarquías y colectivos, las tradiciones y costumbres, es la conclusión lógica, final y extrema, de la secularización de la religión protestante. La Santísima Trinidad del protestantismo original, el Ser Supremo del unitarismo, hasta la misma nación o la patria del Credo americano, todas las deidades y figuras divinas han sido destronados y desplazados por el Yo imperial. La larga decadencia llega al punto final de la "Deforma": un protestantismo sin Dios, una reforma contra todas las formas. Ya no decimos "En Dios confiamos" en serio, porque confiamos en nosotros mismos, y a Dios, si existe, le pedimos que nos diga: "Amén" a nosotros.

El impulso a los Derechos Humanos universales es la política exterior de la Deforma protestante. En la Guerra Fría hubo limitaciones en la persecución plena de este proyecto. EE.UU. estaba dedicado a su gran lucha contra la U.R.S.S. y la ideología comunista, entonces tenía que mostrar cierto respeto y hacer algunas concesiones a las particularidades de la jerarquía, lo colectivo, las tradiciones y costumbres de aquellos países que necesitaba como aliados. A menudo hubo desviaciones de la promoción del Credo americano, que provocaron, entre otras cosas, lo que se conoce como el “dilema del tirano amistoso”.

Pero el colapso de la U.R.S.S. en 1991, y el descrédito de la ideología comunista, quitaron gran parte de la necesidad de concesiones y compromisos. Y la expansión de la economía global y la competencia entre los gobiernos nacionales para que liberalicen sus economías a fin de atraer capital extranjero, legitimaron la idea del libre mercado; ahora EE.UU. podría seguir sin restricciones su gran proyecto de los Derechos Humanos universales.

### **De Clinton a Bush**

La elección de Bill Clinton en 1992 marcó la llegada al poder político de esa generación de verdaderos creyentes en el individualismo expresivo: los baby boomers. La Administración Clinton promovió más que cualquier otro Gobierno antes la doctrina de los Derechos Humanos universales; y el libre mercado, la democracia liberal y la libertad individual como soluciones para prácticamente todos los problemas.

Cuando George W. Bush llegó a la Presidencia, hizo gran alharaca retórica de rechazo a buena parte de la política exterior de su predecesor. Y ciertamente su individualismo fue más posesivo que expresivo. Pero respecto a promover en el exterior los valores estadounidenses, ahora catequizados como "innegociables exigencias de la dignidad humana", la nueva Administración ha sido en gran medida una continuación, y hasta una ampliación, de la anterior.

En su retórica, el término preferido por el Gobierno de Bush ha sido la democratización, y el de los días de Clinton fue la globalización. Pero, de hecho, ambos han promovido fuertemente ambos conceptos. Sus gobiernos han diferido en ciertos asuntos tácticos, como los roles de las agencias internacionales y del derecho internacional. Pero cuando Bush habla de libertad y democracia para todos como derechos dados por Dios a toda la raza humana, universales, es tan sincero como puede serlo un político, tanto o más que el propio Woodrow Wilson.

Los desafíos planteados por el colapso de los estados comunistas en los '90 llevaron a Bill Clinton a concentrarse en los Balcanes, región alguna vez considerada parte del Cercano Oriente, como el espacio propio para su proyecto de democratización. Los desafíos planteados por las redes terroristas islámicas en los años 2000 llevaron a Bush a enfocar el suyo en el Medio Oriente, y más ampliamente en el mundo musulmán. La Administración Clinton tuvo dos guerras, Bosnia y Kosovo; también las tuvo el Gobierno Bush, Afganistán e Irak.

Clinton tuvo bastante más éxito en sus guerras: se puso un fin a la violencia en Bosnia y Kosovo; en cambio en Afganistán e Irak la violencia se ha mantenido e incluso está empeorando. Pero ni así Clinton tuvo éxito en establecer la democracia en Bosnia ni Kosovo: ambos permanecen bajo un protectorado internacional, con sus respectivos conflictos latentes, congelados pero no resueltos. En Afganistán e Irak, a pesar de hacerse unas elecciones, no se ha logrado auténtica democratización.

Diferencias significativas hubo en los actores. El Gobierno Clinton fue presionado fuertemente por el lobby de los derechos humanos para impulsar su proyecto, y las intervenciones militares asociados. Y también por el lobby de la globalización: las firmas con intereses económicos globales. En cambio el Gobierno Bush fue presionado por el lobby neoconservador, en su proyecto e intervenciones militares asociados, en especial Irak. Los neoconservadores también tomaron la iniciativa en crear una coalición, contratando ciertos miembros del lobby de los derechos humanos, los "halcones progresistas", y del lobby de la globalización. Y además de eso reclutaron algunos miembros del lobby evangélico, pero estos sólo apoyaron la guerra, sin tomar la iniciativa ni aplicar presión.

El proyecto de democratización de Bush fue apoyado por los evangélicos porque era un proyecto de Bush, siendo que él se había comprometido en su política, mejor dicho, en su retórica, para los temas sociales y culturales. Por el contrario, muchos defensores de los Derechos Humanos le apoyaron porque era de democratización, y se opusieron a Bush en casi todas sus otras políticas, en especial en temas culturales y sociales. De hecho, el lobby de los Derechos Humanos desprecia a los evangélicos, de allí lo inestable de la coalición en pro de la política exterior de Bush.

La mayoría de protestantes evangélicos no ha visto la política exterior como prioridad. Fueron totalmente indiferentes a los esfuerzos de democratización de Clinton. Se sentirán bien con la democratización en un país extranjero si puede abrir puertas a la actividad misionera; en este sentido China parece ser ahora un campo prometedor. Pero piensan que las aperturas surgirán por obra de Dios y no de sus propias acciones políticas. Porque toman la Biblia en serio y saben que la única "luz

del mundo” es Jesucristo, y que ver a EE.UU. como luz del mundo es idolatría y herejía.

Pero la política exterior de Bush se acerca a una debacle, así que alguien tendrá que cargar la culpa. En particular en las campañas de 2006 y 2008, los demócratas y progres les pegarán tan duro a republicanos y conservadores, que estos tendrán un fuerte incentivo para distanciarse de la Presidencia de Bush, y de los protestantes evangélicos. O sea de esa "derecha religiosa", que apoyó a Bush de modo tan descuidado, cuando llevó a EE.UU. a una temeraria aventura en el Medio Oriente. Así que demócratas y republicanos, estarán de acuerdo con progres y conservadores seculares en algo: que los evangélicos tienen la culpa.

Mientras tanto los reales productores de la política exterior de Bush pasarán a discutir otros asuntos y serán olvidados. Y hasta perdonados, por no ser amenaza a demócratas y progres en temas culturales y sociales, tan significativos para ellos. Los evangélicos sí son amenaza en temas domésticos, pero el modo de quitarlos de en medio será culparles del desastre en política exterior.

Por supuesto, fue la izquierda que inventó el proyecto de democratización, y la política exterior de exportar el Credo americano a otros países. Salió mal; pero si los evangélicos terminan llevando la culpa, no deberían sorprenderse: los verdaderos cristianos bíblicos siempre han sido escépticos acerca de la eficacia de las búsquedas mundanas para reformar la humanidad, y saben muy bien que el mundo impío siempre va a encontrar nuevas maneras de echarles las culpas por sus propios fracasos y errores. Eso está en la dinámica de la Deforma protestante.